

EL HOMBRE Y LA SOLEDAD, por *Domingo Melfi*. Nascimento.
Santiago

Sentados en el rústico banco de una casita campesina, donde una improvisada «maestra» de buena voluntad nos enseñó a leer, leímos, con los ojos parpadeantes de la infancia, las primeras lecciones de geografía. Eran, por supuesto, primarias lecciones de geografía patria. Nada quizá afectó entonces y recogió más hondo nuestra pueril imaginación, que algunos de esos nombres de lugares y parajes escritos en el pequeño texto de estudio.

Allí, cerca de la escuela, estaba el mar, y mientras estudiábamos, nos llegaba en las horas turbias del invierno, su ronquido salobre y aullador; o bien, el sol, a nuestra frente, refractaba en los días espléndidos su luz violenta contra la calva de unos cerros. Y nosotros, ante el deslumbramiento del sol o bajo el gemido melancólico del océano, íbamos leyendo y rele- yendo hacia adentro, con queda voz cuasi religiosa, nombres de sugestiva sonoridad. Eran generalmente nombres desconocidos hasta entonces por nosotros, de lugares y parajes: Chañarcillo, Carrizal Alto, Cachinal de las Animas, Tierra Amarilla, Pueblo Hundido, Combarbalá... el seno de Reloncaví, el golfo de Peñas, el canal de Moraleda, el cabo de Última Esperanza, los Cuatro Evangelistas, el Cabo de Hornos etc.; y cada uno de ellos y todos a la vez, nos sonaban como un coro silencioso de evocaciones que inmovilizaba ante la página nuestra atención y echaba a volar nuestra imaginación. Más tarde, hemos comprobado que casi todos esos nombres correspondían a puntos del lejano norte o a puntos del lejano sur; y tenían, los unos, como encantados reflejos de mineral, y los otros, heladas suger- tiones de nieves y de vientos.

¡Magistral poema desencuadernado, el de la Geografía!

Aquí, en este libro de Domingo Melfi, encontramos escritos algunos de sus entonados fragmentos, desprendidos del texto universal. Vuelven ahora, al leer «El Hombre y la Soledad», a pasar ante nuestros ojos, nombres que antaño por sí solos nos hacían forjar, bajo los ojos cerrados, antojadizos lugares irreales, revestidos ya del contorno objetivo, de la animada y precisa ubicación.

Y es un buen observador, el autor. Porque, lo que no está en este breve volumen, o lo que aquel no haya observado, no se puede decir que no sea bueno... No pudo observarlo, por las circunstancias que le rodeaban; y es una lástima grande, pues mucho había que decir sobre tema tan interesante, y pocos escritores podían haberlo dicho mejor que Domingo Melfi. Su tono mesurado, su capacidad y su sensibilidad, le permitieron, no obstante, darnos aquí en esencia la expresión feliz, el juicio exacto de las impresiones que le fué dable recoger en su viaje a las desoladas extensiones magallánicas. A la visión inteligente del paisaje, corresponde una adjetivación ponderada y precisa; a la inmediata realidad de lo objetivo, responde una subjetiva consideración de relaciones y causales, las que, a pesar de lo limitado del libro, dan al lector una bien enfocada impresión panorámica, física y social, de la austral región de las nieves y de las tormentas.

Quizá más animado y espontáneo habría sido el efecto de esta síntesis, si de vez en cuando saltase por ahí, entre alguna de las enjundiosas y múltiples observaciones y descripciones, plenas de lirismo visual, el rasgo «vivo» precisamente, el impensado detalle psicológico, que dan fuerza y parecido a toda estructura. Se nos ocurre que hay en algunas páginas de «El Hombre y la Soledad», exceso y repetición de ideas, que tupen y pierden, como el árbol en esos densos bosques fueguinos de que hablaba Pepper, la clara percepción del motivo principal. Tal riqueza de expresión distrae nuestra propia atención, así

como el cuadro o telón demasiado fantástico de un teatro nos distrae de la escena.

Bien. Estos son defectos por exceso de calidad. Calidad reconocida anteriormente en cada obra del autor, especialmente en «Pacífico-Atlántico» y en «Dos Hombres», y que ahora se manifiesta en cada página que recorremos: «...surgen delante de nosotros los glaciares que desembocan, vertiginosos, sobre el mar. Anchos y blancos, bajan petrificados hasta el borde del canal. Están ahí desde hace siglos, en la muerta inmovilidad de su destino. Un golpe de sol, sorpresivo e inesperado, les infunde, por un instante, una vida milagrosa. Se llenan de fisuras azules, de grietas hondas y luminosas y se diría que sobre ellos ha descendido el gozo de una secreta voluptuosidad». (páginas 22 y 23).

Trozos como éste, fluyen a cada paso en la narración de Melfi, regidos por una clara prosa, gallarda y mesurada; y nos va describiendo los múltiples aspectos de esas regiones nivosas y tormentosas, de belleza a veces idílica y a veces trágica y apocalíptica, sobre las cuales reina, congelada, la desnuda soledad intangible, que el autor viste con las galas de su estilo.

Es, esta ponderación y medida del estilo, de Melfi, su condición especial y específica. Fuera del valor literario y sociológico de «El Hombre y la Soledad», agradecemos también en él su aporte informativo.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



CUTIMUNCU, novela de Luis Toro Ramallo, editada en los talleres gráficos de la Casa Nacional del Niño.

¡Cutimuncu! En la lengua quechua esta extraña palabra que sirve de título a la novela de Luis Toro Ramallo, significa «han vuelto». Fué seguramente esa la expresión que se escapó de labios de todos los indios que contemplaron, sin que se con-